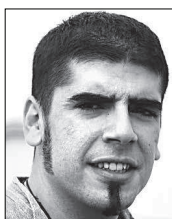


Los invisibles del mar de plástico

MILES DE JORNALEROS QUE TRABAJAN EN LOS INVERNADEROS DE ALMERÍA MALVIVEN EN ASENTAMIENTOS DE CHABOLAS. SON INMIGRANTES SIN PAPELES NI DERECHOS LABORALES, A MERCED DE LA DEMANDA DE MANO DE OBRA Y NADIE SE HACE CARGO DE SU SITUACIÓN.

Los aperos y materiales de labranza están guardados. No se van mover si llueve ni tampoco notarán si hace mucho viento. Un edificio de ladrillos, techado y con una puerta de hierro resguarda las herramientas que, día a día, son utilizadas por personas como Kaky Koffi en los invernaderos de San Isidro de Níjar, Almería. Koffi vive enfrente de este edificio, junto a tres compañeros más, y tiene que entrar casi en cuclillas en lo que es su vivienda, un viejo remolque oxidado tan grande como cuatro colchones. La única ventilación y luz que hay penetran a través de pequeños agujeros. El calor en el interior es insostenible. Fuera, tres tablas, un plástico y dos cubos sirven como ducha. A la entrada del espacio destinado a la cocina (cuatro palés y una lona) hay una trampa para ratas y unas botellas de butano que les permiten cocinar sobre unos fogones oxidados. Llegó a España hace tres años, pasando primero por Roquetas de Mar. En un castellano muy fluído relata que cobra cuatro euros a la hora. Lamenta la temporalidad del trabajo, pese a estar en medio de la campaña de hortalizas. Es sólo un ejemplo de las alrededor de un millar de personas que viven en chabolas junto a los invernaderos en San Isidro de Níjar.

Níjar tiene varios núcleos urbanos y pedanías. Destacan, por el tamaño de su población y actividad, San Isidro y Campoverde. En total, cuenta con 30.000 personas censadas y un territorio de 600 kilómetros cuadrados que albergan el 17% del total de invernaderos instalados en la provincia de Almería (sólo le supera El Ejido con el 43%), según datos que recoge la organización agraria Asaja. El 95% de los jornaleros del municipio son inmigrantes y, según datos de la Junta de Andalucía, el 20% del PIB de la provincia de Almería procede del sector hortofrutícola, de manera que la agricultura funciona como uno de sus principales motores económicos. Esto sucede gracias al conocido como “mar de plástico”: algo más de 30.000 hectáreas que inundan las tierras almerienses, en las que se emplean a unas 110.000 personas entre equipo humano de producción (60.000 personas), industria auxiliar y transporte (10.000) y manipulación y comercialización (40.000), según la Junta.



Por ANTONIO TRIVES
Periodista freelance en porCausa. Ha escrito para Univisión Desigualdad, Ahora Semanal, Público, Eldiario.es, La Marea y tintaLibre. Especializado en Derechos Humanos. Ha viajado a Almería para escribir este reportaje.

Fotos: CARLOS GIL



El trabajo en el campo es muy duro, aunque lo peor quizás esté fuera de los invernaderos, donde centenares de jornaleros carecen de unas condiciones dignas para vivir y expectativas de futuro que les permitan avanzar. “La gran mayoría de inmigrantes vive en condiciones dignas, pero sí hay chabolismo”, puntualiza Alexis Pineda, primer teniente de alcalde de Níjar. Resulta difícil establecer la cifra de personas que vive en asentamientos junto a invernaderos, debido a que muchos no están censados, a la estacionalidad del empleo y a

la falta de medios para tratar y documentar la situación. Juan Miralles, director de Almería Acoge, apunta a una horquilla de entre 2.000 y 5.000 personas viviendo en asentamientos en toda la provincia. Sin embargo, Pineda cree que hay unas 1.500 personas establecidas en Níjar en 14 asentamientos de chabolas. Tampoco está claro qué se considera como un asentamiento: si es un grupo de chabolas, cuántas los integrarían y si se puede entender como asentamiento la vida en un cortijo abandonado. Por ello, algunas fuentes hablan

de la existencia de una veintena y otras de más de 70.

Hace algo más de dos décadas llegaron los primeros inmigrantes a San Isidro. Al principio, conseguían vivienda y unas condiciones dignas, pero desde hace más o menos 10 años, muchos se vieron obligados a habitar en infraviviendas. Principalmente, han sido hombres procedentes de Marruecos, Ghana y Senegal las casi un millar de personas que han tenido que sobrevivir en estos asentamientos. Si obtienen electricidad es porque se conectan a la red eléctrica por sus propios medios. En los últimos años han fallecido cuatro personas al intentar hacerlo. Tampoco disponen de suministro de agua. Para disfrutar de un derecho humano como es, precisamente, el

Son casi las dos del mediodía. Bajo un sol abrasador y tormentoso los jornaleros regresan a los asentamientos poco a poco después de una dura mañana de trabajo. Unos vienen en bicicleta, otros andando. Goyo es uno de los más jóvenes del Cortijo Amarillo. Llegó hace tres años a España desde Ghana, colándose en los motores de un barco. El viaje duró 20 días. Salió de su país porque pensaba que fuera tendría futuro, pero no es así. “Quiero volver a ver a mi familia”, comenta agachando la mirada. Trabaja en los invernaderos y cobra cinco euros a la hora, sin contrato, de manera que no está asegurado y no tiene derecho a baja. Confiesa que el trabajo le resulta muy duro, pero sueña con un futuro, y el suyo pasa por convertirse en militar o futbolista.

El 95% de los trabajadores del campo en el municipio de Níjar son inmigrantes, según la Junta de Andalucía

En este mismo asentamiento viven unas 60 personas en pequeñas construcciones de ladrillo, levantadas con la ayuda de compañeros, en las que casi no hay espacio para dos fogones, un habitáculo que sirve como aseo y otro para una cama. Al salir por la puerta, y hasta llegar a la carretera más próxima, todo es arena y polvo. El punto de acceso a agua más próximo se encuentra a 200 metros y no siempre está disponible. En varias ocasiones, han inutilizado la fuente o directamente han cortado el agua para evitar que estos jornaleros puedan acceder a ella. Aun así, ellos son de los más afortunados.

Quien no se adentra por el laberinto de carreteras que discurren entre los invernaderos desconoce esta realidad. Uno de los asenta-



acceso al agua y al saneamiento tienen que recorrer a pie o en bicicleta, en el mejor de los casos, cientos de metros hasta la fuente más próxima. Los que están más alejados, acuden a balsas privadas para poder llenar algunas garrafas con las que cocinar, beber, asearse o hacer las tareas domésticas. Pero, a veces, obtener algo tan básico para la vida, puede resultar una trampa mortal. En el último año ha muerto una persona al ahogarse en una de estas balsas cuando trataba de llenar varias botellas.



Asis vive en el mismo cortijo. Para llegar a España en 2011 viajó durante dos meses. Salió de Ghana y pasó por Mali y Marruecos. En Ceuta pagó 1.000 euros para subirse en una patera con 54 personas y cruzar el Estrecho hasta Algeciras, un trayecto que les llevó día y medio. “Pasé mucho frío. Sólo comí unas galletas. En mi país no hay comida, hay muchos problemas y no puedo ni dormir”, comenta Asis. Lleva cinco años viviendo en el cortijo, y desde hace un tiempo apenas le llaman para trabajar dos o tres días a la semana.

Para acceder al agua, muchos trabajadores tienen que desplazarse cientos de metros hasta la fuente más cercana.

mientos más cercanos al casco urbano es el de Don Domingo y está ubicado a tres kilómetros de distancia del centro de San Isidro de Níjar. Está compuesto, casi en su totalidad, por familias con niños de todas las edades. El acceso, como a todos los asentamientos, es por un camino de tierra lleno de socavones. Cuenta también con varios edificios de ladrillo que se han ido construyendo con la ayuda de los que viven allí. Acudimos con una integrante de la congregación de las Mercedarias, de los pocos colectivos que contribuyen, dentro >>>

» de sus capacidades, a mejorar sus condiciones de vida con alimentos, ropa, visitas al médico, clases de español o cualquier ayuda burocrática, incluso tratan de mediar entre el jornalero y el empresario en casos de impago. Una madre de dos niños de seis y tres años cuenta que ganan entre 400 y 600 euros. “Con ese dinero no podemos alquilar nada, y tampoco mandar dinero a nuestro país”, dice resignada.

“Lo primero son los hijos”, comenta el padre de dos niños pequeños. El acceso al colegio es otro de los problemas. A 300 metros hay una carretera por la que circulan autobuses, pero no pueden parar, ya que no están habilitados como vehículo escolar, competencia de la Junta. La única solución es que los pequeños recorran tres kilómetros por caminos de tierra entre los invernaderos para alcanzar el núcleo urbano y el colegio. “Después de media hora andando desde las ocho de la mañana, los niños llegan cansados al aula y no pueden prestar atención”, relata una de las madres.

El Hoyo es uno de los asentamientos más alejados de San Isidro (13 kilómetros) y de difícil acceso por la orografía. Allí sólo viven entre 50 y 70 hombres de todas las edades. No hay nada asfaltado en cientos de metros a la redonda. Los habitáculos, contruidos con una estructura de palés y cubierta de algunos plásticos que apenas les protegen de la lluvia, tienen el tamaño justo para un par de colchones y un espacio para cocinar.

“Yo no imaginaba que iba a terminar viviendo aquí. En el pueblo no hay nada para alquilar. Lo único era esto. En Marruecos tengo mi casa, mi familia”. Este es el testimonio de Ahmed, de 47 años. Llegó a Barcelona en 2001 y trabajó de albañil en plena burbuja inmobiliaria con unas condiciones laborales que le permitían vivir con comodidad en un piso alquilado. “He estudiado una carrera de Física y Química en Marruecos y ahora cojo tomates. Me gustaría trabajar de físico, pero como no hay trabajo, ¿qué voy a hacer?”, comenta. “La mayoría, en el campo, trabaja sin alta [Seguridad Social]. A veces, seis días al mes. ¿Eso qué es? Se están riendo de nosotros”, añade molesto. Varios jornaleros de este asentamiento aseguran que los jefes de los invernaderos saben que viven allí “y no dicen nada”: “Si necesitan trabajadores, vienen y los recogen”.

En estos asentamientos de chabolas, también hay personas en plena etapa de formación y madurez. Hussein tiene 17 años y vive con su padre y su hermano. Está cursando 4º de la ESO y le encantaría estudiar mecánica. Para poder sacar sus estudios adelante acude a un locutorio del pueblo. Cuando no puede, estudia en su (infra)vivienda en una mesa plegable y con la ayuda de velas. “Aquí, vivir es muy difícil. Todo es muy complicado”, cuenta. Algunos, como otro joven de 28 años, que prefiere no dar su nombre, tienen claro que no le recomendaría a nadie venir a este mar de plástico. “He perdido 10 años de mi vida. Si volviera a mi país me verían como

un fracasado”. Otros, sin embargo, consideran que aquí están mejor. “La vida está muy jodida. Les animaría a que vinieran. Para el pobre como yo, es mejor. Allí [en Marruecos], aunque haya construcción, sufren más”, comenta resignado un jornalero de 40 años.

El sol ya se está poniendo en un horizonte entremezclado por el plástico y un paisaje casi desértico. Van llegando los últimos jornaleros. Lo primero que hacen al llegar es pasar por un calentador de agua que funciona mediante un horno de barro (hecho por ellos mismos) para ducharse. Los que no han trabajado ese día o han terminado antes son los encargados de mantener el fuego para calentar el agua.

Es cierto que no todos los jornaleros y jornaleras que trabajan en los invernaderos de San Isidro de Níjar viven en estas condiciones. Muchos han podido alquilar un piso en el casco urbano. Pero esta otra realidad muestra

Imagen de una chabola en uno de los asentamientos del municipio de San Isidro de Níjar, en Almería.



Los agricultores alegan que el precio de los productos ha bajado en los últimos años, por lo que no pueden mejorar las condiciones de los jornaleros

las grandes vulneraciones que padecen centenares de personas respecto a derechos tan básicos como el acceso a una vivienda, al agua y a tener unas condiciones laborales y una vida dignas. No obstante, no resulta fácil focalizar en quién recae la responsabilidad de que se haya llegado a esta situación. La cadena está constituida de forma piramidal, por lo que cada uno responsabiliza a su eslabón superior. Por un lado, los empresarios agrícolas se aprovechan de una mano de obra muy barata dispuesta a vivir en condiciones infrahumanas con tal de ganar unos pocos euros. Aunque no todos los empresarios obran de la misma manera, pues muchos no abusan de ellos y respetan ciertas condiciones.

Hablamos con uno de los considerados “empresarios buenos”. Quiere mantener el anonimato. “El que menos tiempo lleva trabajando conmigo son 10 años. Los metí sin papeles, pero los han ido consiguiendo. Tengo una cuadrilla de 10 y tienen su contrato. Tengo muy buena gente trabajando y no quiero que se vayan. No les puedo pagar una locura, pero les da para vivir en un piso e ir y venir a su país. Sólo les doy de alta 15 o 18 días, pero porque no me da para ponerles más”, justifica. Este asunto resulta muy delicado en el municipio. Otra de las fuentes, una hija

perteneciente a una familia de empresarios del campo, asegura que “el agricultor está muy asfixiado y no se le puede demonizar en su totalidad”. “Aquí cada uno tiene sus razones”, añade. Las exportaciones de este sector alcanzaron las 906.000 toneladas en el primer trimestre del año (un 6,3% más que el mismo periodo del año anterior), valoradas en más de 913 millones de euros. No obstante, esta última cifra sólo se ha incrementado en un 2% debido a los bajos precios fijados para los productos, según los datos facilitados por la Junta de Andalucía.

UN CÍRCULO VICIOSO

El primer teniente de alcalde de la localidad, Alexis Pineda, afirma que “los agricultores no suelen utilizar personas en situación irregular por las sanciones que reciben”. Todo es un círculo vicioso del que no pueden salir:

no dan papeles, por tanto no pueden trabajar ni acceder a una vivienda. Y sin unas condiciones dignas de habitabilidad, tampoco pueden avanzar y desarrollarse como seres humanos. “Lo que tiene que hacer el agricultor es pagar el convenio y la mayoría de ellos lo pagan”, añade. También resalta que no se trata de un problema exclusivo del agricultor, ya que “el mayor responsable es la Unión Europea, pues Almería es un enclave de paso hacia Europa y, por tanto, el fenómeno hay que verlo desde todos los puntos de vista: clima,

extensión, enclave y proceso migratorio. Son imprescindibles las subvenciones para llevar a cabo programas”.

Desde la Delegación de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía apuntan a la necesidad de alcanzar un consenso entre las administraciones públicas, los empresarios, los sindicatos y la ciudadanía. Por otro lado, el Ayuntamiento de Níjar alega que “actualmente, la agricultura se enfrenta a una crisis de precios sin precedentes y los agricultores han visto cómo la rentabilidad de sus cultivos han caído, llegándose a vender por debajo de los costes de producción”. Mientras tanto, casi un millar de personas malvive con la única esperanza de que mañana les llamen para ir a rasgar la tierra, recoger hortalizas o cuidar las plantas. Si han tenido suerte, acabarán su jornada, con los callos cada vez más duros, la ropa sucia y un calor insoportable, regresarán a su asentamiento y se darán una ducha con una garrafa de agua. El que no ha tenido esa suerte seguirá esperando a que lo llamen. “Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos. Que no son seres humanos, sino recursos humanos, que no tienen cara, sino brazos”, diría el escritor Eduardo Galeano en uno de sus poemas. ♦